

21-II-90

La Nuestra, Vigente por Incumplimiento

Revoluciones Vivas y Muertas

- ★ Ni la Democracia ni la Equidad se han Logrado Aquí
- ★ El Neoliberalismo no Reducirá la Brecha Entre Clases
- ★ Presidencialismo, Heredero de la Monarquía Francesa

LORENZO MEYER

Hay revoluciones vivas y revoluciones muertas, y las razones de su muerte o permanencia pueden ser buenas o malas. La nuestra sigue viva pero por motivos de los que nadie puede estar orgulloso: se mantiene viva porque sus objetivos siguen siendo, a la vez deseables, posibles e incumplidos.

Las revoluciones son fenómenos relativamente raros en la historia. Se trata de explosiones de energía social acumulada que, en medio de gran violencia, actos heroicos, sacrificios colectivos, injusticias y errores mayúsculos, buscan cambiar de manera radical una situación social considerada por muchos como ilegítima y capaz de ser superada mediante un cambio en la distribución del poder político y en los objetivos nacionales.

Toda explosión revolucionaria despierta pasiones muy fuertes dentro y fuera de las fronteras nacionales. Los antagonismos duran decenios, incluso siglos y, en realidad, cada generación da sus interpretaciones del fenómeno y toma partido en favor o en contra. Hoy, doscientos años después de la toma de la Bastilla, la sociedad francesa pareciera dispuesta por fin, a dejar de lado las pasiones heredadas y considerar a su

21-II-90

revolución como un hecho histórico concluido y parte de su herencia colectiva. La gran fiesta internacional del año pasado en París, presidida por François Mitterrand es una confirmación de lo anterior. La razón profunda de este aparente consenso francés en torno de su revolución, dicen los que de esto saben, se encuentra en el hecho de que el desarrollo económico de Francia disminuyó drásticamente la importancia del campesinado, engrosó las filas de la clase media, e integró a los obreros a la sociedad de consumo. Estos cambios han permitido que el grueso de los franceses se den el lujo de poder aceptar el lado positivo de lo ocurrido

hace doscientos años y dejen de luchar por justificar o culpar a Robespierre, a Marat y al Terror. En Francia hay un Estado de derecho, una sociedad políticamente libre, y donde las diferencias de clase (excluidos los argelinos y otras minorías) ya no son de la naturaleza que llevan a buscar la igualdad y la fraternidad mediante la eliminación física del oponente. En resumen, hoy la revolución ha dejado de ser un tema vigente en la vida francesa.

★
Por su parte, la Revolución bolchevique aún no cumple el siglo, pero todo indica que ya va camino a seguir los pasos de la francesa, aunque por razones distintas. A punto de concluir el siglo XX, la Revo-

lución bolchevique aparece como un proyecto que ya dio de sí todo lo que pudo y ya no tiene posibilidades de alcanzar lo que fue su meta más importante: crear la sociedad sin clases; aquella donde se diera a cada quien según sus necesidades y se recibiera de cada quien según sus habilidades. Si en Francia la revolución dejó de ser tema vital porque en buena medida sus metas se lograron, en la Unión Soviética la Revolución de octubre de 1917 está dejando de ser ya un tema clave porque las autoridades y las sociedades soviética y las de los países de Europa oriental han llegado al convencimiento de que las metas surgidas al calor del movimiento encabezado por Lenin no pueden ser alcanzadas con los instrumentos creados por la revolución: el PCUS, el centralismo democrático, la dictadura del proletariado, los planes quinquenales, etcétera. Si el socialismo aún no tiene futuro, ese futuro ya no pasa por las instituciones forjadas por los bolcheviques. Por ello, la Revolución bolchevique es como la francesa, un hecho histórico consumado y superado.

La Revolución mexicana

es diferente a las dos anteriores, pues si bien sus objetivos no se consiguieron, siguen vivos. En los años cuarenta Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas declararon en sendos ensayos que esa revolución sufriría una crisis de tal magnitud que parecía haber muerto o haber entrado en su etapa terminal. En 1966, el historiador norteamericano Stanley R. Ross editó un libro con 22 capítulos de autores mexicanos y norteamericanos titulado *Is the Mexican Revolution Dead?* (¿Ha muerto la Revolución mexicana,) Sin embargo, apenas 2 años después, en 1968, y en contra de las predicciones, los jóvenes estudiantes que impugnaban el autoritarismo gubernamental volvieron a hacer suyas las demandas de los revolucionarios de medio siglo atrás. Zapata volvió a vivir.

Ahora, a veintidós años de 1968, se pueden volver a oír las voces de quienes proponen que ya es tiempo de considerar a la Revolución mexicana como un hecho histórico semejante al de la Revolución rusa: superado por irrelevante. Después de todo ¿qué pueden decirle a los tecnócratas de hoy Madero, Zapata, Villa, Carranza u Obregón?, ¿qué inspiración pueden dar los héroes revolucionarios a quienes pretenden resolver los problemas de la deuda externa, de la ineficiencia de buena parte de nuestra planta indus-

21-II-90

trial, de los retos de la integración a la economía mundial por la vía de la apertura de las fronteras al libre comercio, etcétera?

★ Una revolución hecha en un México agrario, de baja densidad demográfica, extremadamente regional y muy marcado aún por diferencias étnicas, pareciera tener poca relevancia en relación a nuestras angustias frente a la proximidad del siglo XXI. Sin embargo, de manera indirecta, Madero o Zapata, los constituyentes de Querétaro o Carranza aún tienen una profunda actualidad, porque sus metas generales aún no se han cumplido pero la sociedad las sigue demandando. La Revolución mexicana aún está viva porque, a diferencia de la Revolución bolchevique, los objetivos que se propusieron siguen siendo enteramente deseables, posibles, realistas, y compatibles con la naturaleza del mundo contemporáneo.

A ochenta años de su inicio y a setenta de su triunfo, la Revolución mexicana debería ser, pero no es, un hecho histórico consumado. Sigue siendo un proyecto vivo pero las razones negativas: porque los herederos de esa revolución —especialmente a partir de 1940, pero también antes— no estuvieron a la altura del movimiento revolucionario, pese a su justicia y realismo. Este olvido premeditado fue hecho con la ilusión de que, con el paso del tiempo, el proceso económico transformaría poco a poco a la sociedad y con ello el programa revolucionario se convertiría en pieza de museo. No ha sido así, lo propuesto entre 1910 y 1920 sigue siendo una demanda

viva en espera de respuesta verdadera.

La Revolución mexicana exigió —y sus líderes se comprometieron a dar— democracia en las instituciones políticas y equidad en una estructura social dominada por la brutal división social heredada de siglos de discriminación y explotación abierta de la mano de obra campesina, y entonces básicamente indígena. Hasta ahora ninguna de las dos cosas se han logrado ni parecen estar en vías de lograrse. Es por ello que la Revolución mexicana sigue viva, porque los problemas que la originaron no se han resuelto ni han desaparecido, sólo se han transformado. El autoritarismo vigente se niega a dar respuesta a la vieja demanda democrática —el grueso de las elecciones en donde en los años ochenta la oposición tuvo fuerza, se distinguieron por su falta de transparencia, en especial la de 1988— y, por su propia naturaleza, el neoliberalismo puede ser muchas cosas menos el instrumento que disminuya la brecha entre las clases sociales, sino más bien todo lo contrario.

★ Después de la última experiencia en elecciones federales, no hay que bordar mucho en torno del incumplimiento de la demanda revolucionaria de "sufragio efectivo"; la legitimidad política en México —en la medida en que la hay— aún no proviene de esa fuente, centro fundamental e insustituible de la legitimidad política moderna. En el México de hoy sigue dominando un tipo de ejercicio de la autoridad que hace tiempo terminó en Europa Occidental y que ahora está concluyendo en la Oriental: la que se basa en el supuesto de que el

poder político ni se divide ni se comparte. El presidencialismo mexicano es hoy, al final del siglo XX, un heredero directo de la monarquía absoluta anterior a la Revolución francesa. Mientras esta forma premoderna de ejercer el poder se mantenga vigente en nuestro país, la Revolución mexicana también seguirá vigente.

En materia de justicia social, de equidad, de simetría social, el movimiento iniciado en 1910 exigió una disminución de la terrible desigualdad en la distribución de la propiedad privada y sus beneficios que habla caracterizado al México colonial y decimonónico. En los años treinta hubo un gran avance en la dirección exigida mediante la redistribución de la tierra. Sin embargo, la reforma agraria dejó de ser un instrumento relevante para la impartición de la justicia social cuando el grupo dirigente encauzó el grueso de la energía económica del país hacia los sectores industrial y terciario y México se transformó en una sociedad urbana.

Hoy el ejido es, en el mejor de los casos, marginal en relación a la equidad social. Por los efectos de la crisis —en particular la inflación— la concentración de la riqueza en México debe ser mayor que en 1977, cuando se publicó por última vez la encuesta de ingresos y gastos de los hogares. Entonces 30% de las familias disponían de 67% del ingreso, hoy la situación debe ser peor y el predominio de las fuerzas del mercado en la distribución social tiende a dar más al que más tiene y menos al que menos tiene. Eso podrá ser excelente desde el punto de vista del empresario individual, pero terrible desde la perspectiva de la equidad social.

★ Algunos indicadores pueden dar idea de dónde nos

encontramos en materia de equidad. Según datos publicados hace unos meses por Banamex (México social, 1988-1989), si se toma como cien al índice del salario mínimo real de 1978, entonces el último con el que se hizo la comparación, el del primer semestre de 1989, era de apenas 44.29. De acuerdo a la misma fuente, el porcentaje del gasto del gobierno en educación que en 1978 llegó a representar 17.84% del total en 1987 (último año analizado en la fuente) fue de apenas 6.47%. En pesos de 1980, el gasto por derechohabiente del IMSS en 1977 fue de 14 mil pesos pero en 1987 resultó ser de únicamente 2,800 pesos. Para qué seguir, el punto es claro: en materia de justicia social estábamos mal y hoy estamos peor.

En conclusión la mexicana es una revolución viva, muy viva, porque aunque el mundo ha cambiado mucho de 1910 a la fecha, la energía social que desató hace ochenta años Francisco I. Madero y sus antirreleccionistas, no logró sus metas o si las logró, luego las perdió. Sin embargo esas metas no eran imposibles entonces y no lo son ahora. En realidad, la democracia política es quizá una demanda mayor ahora que en 1910. La Revolución mexicana no prometió hacer a los mexicanos consumistas, pero si solidarios, las cifras y el sentido común muestran que no lo somos pero podríamos serlo. La justicia social en el subdesarrollo es más difícil de lograr que en la riqueza, pero la pobreza relativa de México no es excusa para no intentar equilibrar la carga.

La Revolución mexicana debería ser ya un hecho consumado pero no lo es. Hay que luchar porque lo sea, porque deje de ser una propuesta y se transforme en parte de nuestra realidad colectiva.